

Bonifaz, el filólogo, está bien

Bulmaro Reyes Coria

Todo predicado laudatorio acerca de Bonifaz es correcto, y sin falsa modestia así aceptó él todas las distinciones y honores de que fue objeto, ya como poeta, ya como filólogo, ya como universitario plenamente institucional. Aquí, para memoria suya, recordaré algo de su filología.

Como filólogo no diré que es inigualable, porque con esta afirmación me pongo en grave peligro de contravenir al precepto de la retórica que prohíbe hablar mal de otro para alabar a alguien. Cambio, pues, el predicado inigualable, que exige comparación, por óptimo, dado que óptimos pueden ser todos los que se esfuerzan por serlo, y además tal atributo puede explicarse en sí mismo, y de este modo quedo en libertad para alabar en circunstancias diferentes las virtudes de otros estudiosos.

En las introducciones que Rubén escribió para acompañar sus versiones de autores griegos o latinos en la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana —aunque me refiero de modo especial a aquellas que compuso cuando todavía gozaba de las facultades físicas indispensables a quien vive de la lectura, y cuando aún no dependía de mí para revisar las traducciones que su deteriorada vista le había permitido llevar a cabo por sí solo, o simplemente escuchar los textos originales—, en sus introducciones, repito, se manifiestan dos cualidades: la humanística del poeta y la poética del humanista. Ya en otro lugar probé cómo, bajo el pretexto de la enseñanza de los clásicos, el poeta Bonifaz Nuño se vuelve humanista, pero el humanista no deja de ser poeta.

Los lectores de sus introducciones reciben doble beneficio: la enseñanza confiable de la vida y la obra de los

clásicos estudiados por Bonifaz Nuño, y de regalo el placer de la lectura. Ahí se descubre el poder de la literatura sobre la vida humana y la influencia del escritor sobre el desarrollo de la sociedad, pues Bonifaz pone ante los ojos la vida misma, la injusticia, el dolor de la juventud, las obligaciones y limitaciones de la vejez, la débil naturaleza humana, y con frecuencia lo hace de mano de la poética aristotélica, la cual conduce al poeta a invertir el mundo a placer y a recrearlo no como es en la realidad sino como el poeta quiere que sea. Sé de vidas que han sido cambiadas por palabras tan simples como éstas: *toda juventud es sufrimiento* (las primeras de su estudio de *Catulo, Cármenes*), o *cuando el hombre ha envejecido sin prudencia, es a menudo natural que añore, como si hubiera sido realmente mejor, el tiempo pasado de su juventud*, por las cuales otros meditan mejor las cosas antes que sean irremediables.

Como autor de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana es el más abundante. Hace ocho años había hecho yo la lista de su producción en este género, y era así: Virgilio, *Geórgicas*, 1963, y *Bucólicas*, 1967; Catulo, *Cármenes*, 1969; Virgilio, *Eneida*, 1972 y 1973; Propercio, *Elegías*, 1974; Ovidio, *Arte de amar. Remedios del amor*, 1975; Ovidio, *Metamorfosis*, 1979 y 1980; Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*, 1984; Horacio, *Sátiras*, 1993; César, *Guerra gálica*, 1994; Homero, *Ilíada*, 1996-1997 y 2005; Eurípides, *Hipólito*, 1998; Lucano, *Farsalia*, con Amparo Gaos, 2004, y Píndaro, *Odas: Olímpicas, Píticas, Nemeas, Ístmicas*, 2005.

Hoy debo agregar estos tres volúmenes: Horacio, *Epodos, odas y carmen secular*, 2007; Cicerón, *Acerca de los deberes*, 2009, y Rutilio Claudio Namaciano, *Acerca*

de su regreso, con Amparo Gaos, 2009. De 2010 hasta su muerte me concedió el honor de ser coautor suyo en el proyecto de los *Epigramas* de Marcial.

La traducción de *Acerca de los deberes*, Rubén la tenía escrita de su puño y letra, pero la cruel oscuridad en que vivía ya durante la edición de esta obra no le permitió hacer el cotejo de los originales con la captura que de ellos hiciera la señora Silvia Carrillo, ni mucho menos la corrección tipográfica. Las erratas que la edición contenga se me deben imputar a mí, dado que esa tarea la venía yo haciendo desde la publicación de su *Guerra gálica*, a la cual, junto con la ayuda de Omar Reyes, hijo mío, libré de unos cuatro cientos de erratas. Era la época, ¿se acuerdan?, en que era vigente la fotocomposición, y todavía la PC no imperaba totalmente, y los libros se dilataban en la imprenta en promedio cinco años.

Muy cercano el día último que su rostro pudiera ser visto por alguien hablé con él por teléfono: como sentí no tan débil su voz ni tan incomprensible, me apresuré a invitarlo a trabajar, y él, sin dudar siquiera un segundo, me dijo con toda claridad estas palabras: “lo espero mañana en nuestra hora”. Nuestra hora era siempre a las doce del día. Nuestra hora era. Ya no es la hora. Llevé, a su cama, a Marcial, autor latino cuyos epigramas trabajábamos juntos, como ya dije, hacía un par de años. (Me fue imposible no derramar lágrimas porque esa su cama me recordaba otras camas letales casi contingentes de otros seres queridos míos: una tía, otra tía; un primo hermano, una prima hermana hermana del primo hermano, otro primo hermano, con quienes había convivido cuando la desgracia no nos mantenía separados).

Ese día, pues, como si nada ocurriera, por saludo intenté mis bromas rutinarias, e inmediatamente nos dispusimos a trabajar: Rubén adoptó cierto porte de atención, es decir, sus asistentes de planta lo pusieron menos horizontal, y yo hurgué en mi mochila para sacar la fotocopia del texto latino editado en Cambridge por Walter C. A. Ker, así como mi traducción y una pluma.

—¿Listo, Maestro?

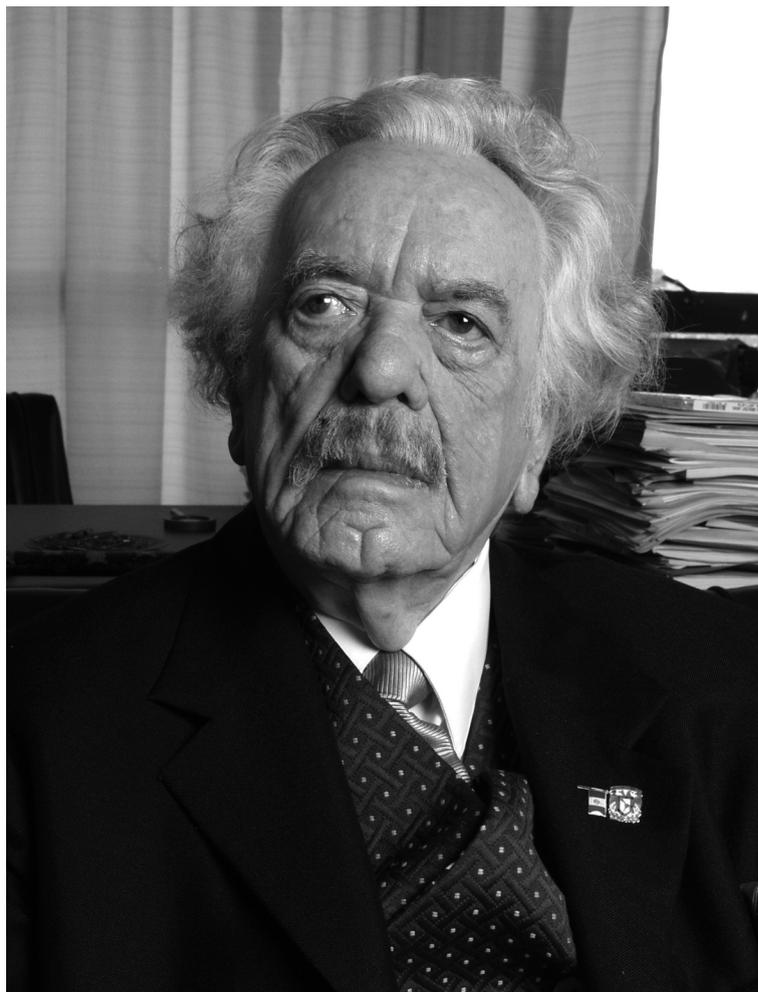
—¡Adelante! —dificultoso.

En primer lugar, como siempre, le dije el género de metro a que nos íbamos a enfrentar; en seguida leí con voz muy sonora y de mucho espacio el texto latino para que él lo disfrutara; después, del mismo modo, la traducción, repetida varias veces hasta que yo estaba seguro de que la tenía en la memoria, y finalmente guardé silencio. El silencio para la creación. Por eso tal vez el sistema nacional de creadores. A continuación transcribo uno de los cuatro dísticos elegíacos que trabajamos ese día laboral último.

Marcial mismo:

*Non possum vetulam. Quereris, Matrinia? Possum
Et vetulam, sed tu mortua, non vetula es.*

(Marcial, III, xxxii)



© Concepción Morales



© Concepción Morales

Mi traducción:

No puedo a una vieja. ¿Te quejas, Matronia? Puedo también a una vieja; pero tú, muerta, no eres vieja.

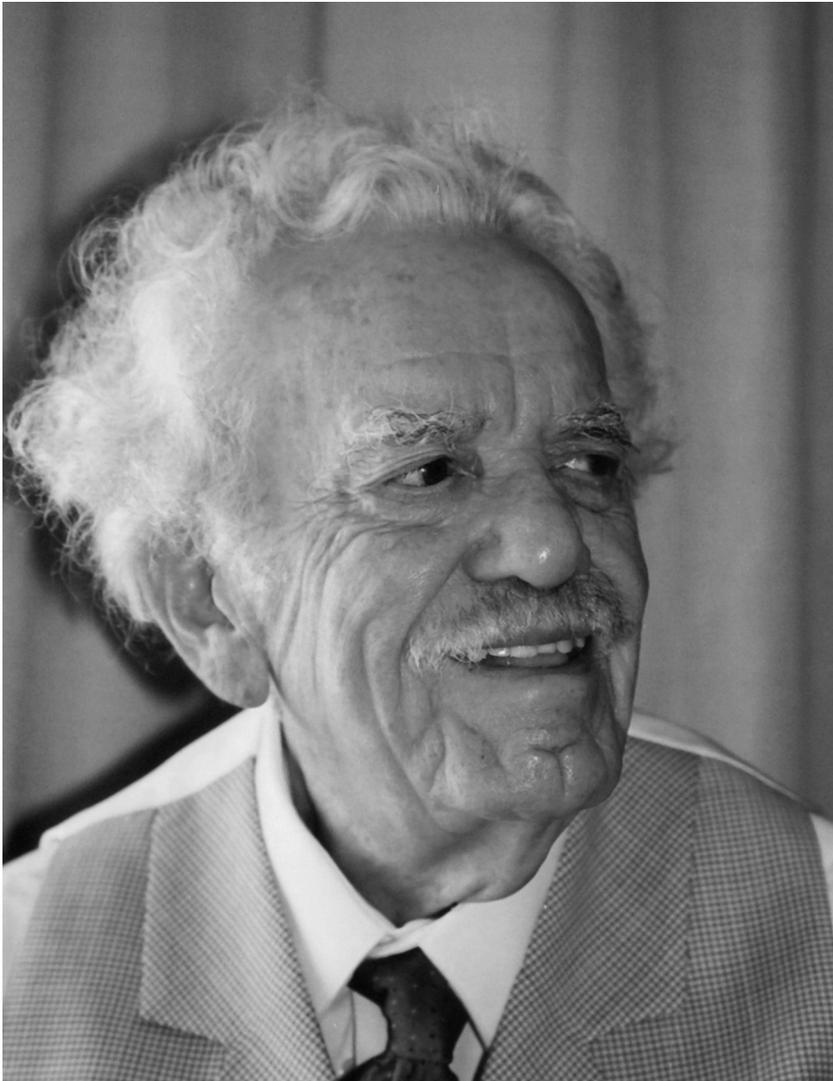
La versión rítmica de Rubén:

No puedo a una viejita. ¿Matronia, te quejas? Yo puedo aun a viejita; mas tú, no eres viejita, muerta.

© Javier Narváez



© Javier Narváez



Anoté, desde luego, los cambios que sugirió, es decir, que mandó; aunque naturalmente he tenido que sopesarlos con toda responsabilidad, incluido el día que esto escribo. Además de esos obvios cambios, declaro que compuso el acento en las últimas cinco sílabas del verso hexámetro, y ajustó el número de éstas en el pentámetro, no sin recordarme, ex cátedra —como queriendo ponerse de pie para ser escuchado más allá de aquellas minúsculas cuatro por tres paredes de fondo y frío entibiado a fuer de artificio y que al fin triunfaron del prisionero de su desgracia—, para recordarme, repito, que ya una vez había discutido con Salvador Díaz Cíntora, en general, acerca de los sistemas de traducción, y, en particular, acerca del respeto debido al diminutivo latino, y que ciertamente había ganado. Los entendidos en estas artes habrán de reconocer, no digo aceptar, semejante grandeza y la coherencia de su pensamiento que practicó hasta el final. Fue una jornada muy difícil, muy pesada: su voz era oscura, entrecortada, pero suficiente para darme a entender lo que quería.

El sistema de traducción que seguía era el de la literalidad, convencido de que éste es el que con mayor grado de confiabilidad pone a un autor en otra lengua. Sé, porque tengo la experiencia, que la traducción por esta vía se esfuerza por no cambiar el original para mostrar cómo era la cultura que describe. Tiende, por principio, hacia el respeto del autor, para que el lector goce, o sufra, la experiencia del traductor, y participe con éste en la interpretación, cuando ésta es necesaria o deseable, ya que después de trasladado el texto a su lengua común, ambos, traductor y lector, quedan en condiciones de igualdad hermenéutica, igualdad que no es dable por otras vías en que el lector pierde la oportunidad de la primera experiencia, por haber sido sometido al efecto de la adaptación hecha por el traductor, adaptación, desde luego, a la cual habrá que aplicar la exégesis que, a su vez, exija la creatividad del traductor. En circunstancias ad hoc quizá yo aceptara la discusión, en que sin duda mi argumentación podría ser inferior; pero aquí, en homenaje a Rubén solamente me confieso practicante de ese sistema. Como sea, en las introducciones a mis ediciones hay abundantes argumentos al respecto.

Con esto doy testimonio de que Rubén trabajó hasta sus últimos días; de que gozaba de plena salud en la mente, y de que era consciente de ello, lo cual sin duda le fue lo más doloroso dado que, tras la vista, perdió en grandísima medida el oído, y la voz se le volvió prácticamente incomprensible, pero también de que poco faltó para que el último suyo fuera rítmico aliento. Sin embargo, Bonifaz está bien, lo aseguro a ustedes: defendió su filología, reitero, hasta el final de nuestra última jornada común.